



Reloj de las Escuelas Pías en Villapresente (Reocín).

Un viaje al interior de los relojes públicos de Cantabria

El mecanismo del **tiempo**





El reloj de Correos y Telégrafos de Santander fue reparado para la inauguración oficial del busto de Alfonso XIII.

JESÚS DE CASTRO
Fotos: **MANUEL ÁLVAREZ**
y archivo **DANIEL MATO**

La Real Academia Española afirma en su diccionario que tiempo es la “duración de las cosas sujetas a mudanza”, y añade en la segunda acepción que también se trata de la “magnitud física que permite or-

denar la secuencia de los sucesos, estableciendo un pasado, un presente y un futuro”. Los relojes públicos han jugado un papel esencial en la sociedad de los siglos precedentes para medir este intangible, pero algunos de ellos parecen tener en Cantabria un presente de olvido y un futuro que amenaza con arrinconar para siempre sus maravillosas entrañas mecánicas, mudándolas en masa informe de chatarra. Daniel Mato Jara, miembro, al igual que su hermano gemelo, de la tercera generación de relojeros especializados en estas grandes máquinas de precisión, propone la elaboración de un catálogo de estos ingenios, junto con la urgente recuperación de los que se hallan inhabilitados por falta de reparación y mantenimiento.



El relojero de Santoña, Mariano López, con el aparato encargado por el Ayuntamiento de Torrelavega en 1878.

DE “CIENT AÑOS DE FOTOGRAFÍA EN CANTABRIA”



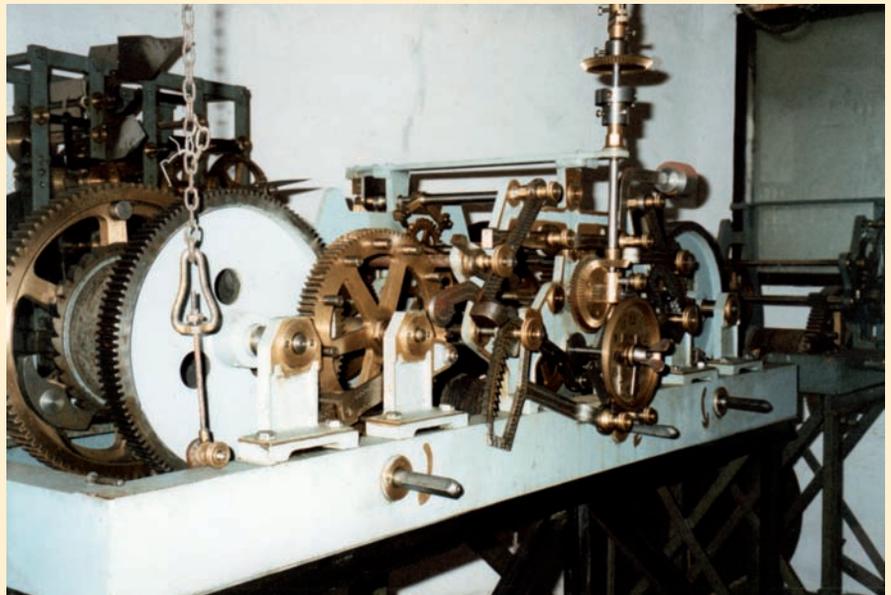


Aunque parezca una enfermedad de nuestros días, la preocupación por el tiempo, la obsesión por medirlo, y el siempre fallido afán de controlar su curso parecen ser tan antiguos como la propia especie humana; y desde luego los mecanismos para observarlo eran ya conocidos por las antiguas civilizaciones. Nuestros anónimos antepasados prehistóricos dejaron marcas en cavernas y monumentos megalíticos como resultado de su percepción sobre los movimientos del sol y la luna, que permitieron acotar las estaciones y el tránsito noche-día.

La búsqueda de una mayor precisión era ineludible, y así llegó el indefectible reloj de sol, como los que aún se ven en algunas fachadas solariegas de Cantabria. Otros artilugios inspirados en la naturaleza, como el reloj de arena; el de fuego, a base de velas o mechas; y el reloj de agua, o clepsidra, se incorporaron más adelante a la medición del tiempo.

Pero, durante siglos, tan sólo los poderosos y los sabios accedían a estos instrumentos, y los utilizaban para fortalecer su poder o su influencia sobre la organización social. Y así debió de ocurrir hasta el siglo X, en el que la historia sitúa al monje Gerberto de Aurillac, quien llegaría más adelante a ser el papa Silvestre II, construyendo el primer reloj mecánico con ruedas dentadas, lo que convirtió a su artífice en sospechoso de brujería. Eran las primeras apariciones “del más sensacional, el más sobrecogedor invento de los hombres”, según el nobel Camilo José Cela.

Dicen las crónicas de la Alta Edad Media que la vida en aquellos años se acompasaba al ritmo de las campanas que tañían los monjes en los monasterios. Pero llegaron las ciudades, y con ellas la



▲

El reloj de la catedral de Santander dispone de una imponente esfera de casi dos metros de diámetro, y su mecanismo es uno de los mejores ejemplares de la industria relojera española, aunque actualmente ha sido sustituido por uno eléctrico.

pareja de hecho entre la campana y el reloj mecánico; hasta la palabra inglesa que nombra al reloj, *clock*, proviene de la francesa *cloche*, que significa campana (del latín *clocca*). La gestión del tiempo se organizó con las ruedas, piñones, linternas, péndulo, pesas, muelles y garruchas, entrelazando su intimidad en las torres de los ayuntamientos, domicilio conyugal desde el que el reloj y la campana organizaban los ritmos diarios del burgo, cantados por el bronce y visibles ante todos merced a la posición de las agujas sobre la esfera, más o menos artística en función de la importancia, y el presupuesto, del lugar.

Muchos habitantes de los pueblos y ciudades de Cantabria siguen escuchando esos tañidos proce-



◀ ▶ *El de la Parroquia de la Inmaculada, de los Padres Redentoristas, data de 1900. A la izquierda, Roberto Mato durante su montaje.*



▶ ▶ *Daniel engrasa el reloj de Monte, ubicado en la torre de la parroquia (en la foto de la derecha)*



dentes de sendas torres en edificios civiles o religiosos, y buena parte de ellos realizan aún el rutinario gesto de comprobar su sincronía con el reloj que tengan más a mano. Algunas de estas personas todavía contestan, cuando algún despistado les pregunta la hora: “Ahí la tiene”, mientras le señalan el gran reloj que preside la plaza o lugar público en el que se encuentran.

Porque los relojes públicos, que a partir del siglo XIV fueron proliferando en toda Europa, no sólo eran –y son– un prodigio de la mecánica de precisión, sino que regulaban totalmente las actividades, oficiales y privadas, ocupaban los lugares preponderantes de los edificios más destacados, y llegaban a representar el poder, no sólo del edificio

que les acogía sino de la propia ciudad en la que marcaban las horas, cuyos golpes de campana resonaban por valles y montañas.

El primer reloj mecánico de la época moderna, con plenas garantías de precisión, fue el H1, creado por Harrison en 1735. Desde entonces las máquinas de medir el tiempo han cimentado su prestigio sobre los rigores de la ciencia, pero sin olvidar sus connotaciones de poder. Cuando se sublevaba



una ciudad y los reyes, príncipes o autoridades conseguían doblegarla, el primer castigo era quitarles a los ciudadanos su reloj o campana, como símbolo de sometimiento. Existen, además, miles de imágenes guardadas en la memoria colectiva que ilustran recuerdos, como las gentes del campo haciendo un alto en su labor a la hora del Ángelus, o el caso de relojes que se pararon a la hora exacta en la que ocurrió una catástrofe.

RELOJEROS DE VOCACIÓN

Daniel Mato Jara ha trabajado, recientemente, en la hostelería y en la industria, pero se considera relojero, tal vez uno de los pocos que quedan en Cantabria capaces de recuperar y mantener las numerosas máquinas de medir el tiempo instaladas en torres y edificios públicos de nuestra región. Lo es por vocación, por experiencia y por tradición familiar, heredada de su abuelo, Emilio Mato Gravalos, y de su padre, Bernardo Mato Piovich, a quien acompañaba en sus trabajos de reparación y mantenimiento desde los trece años.

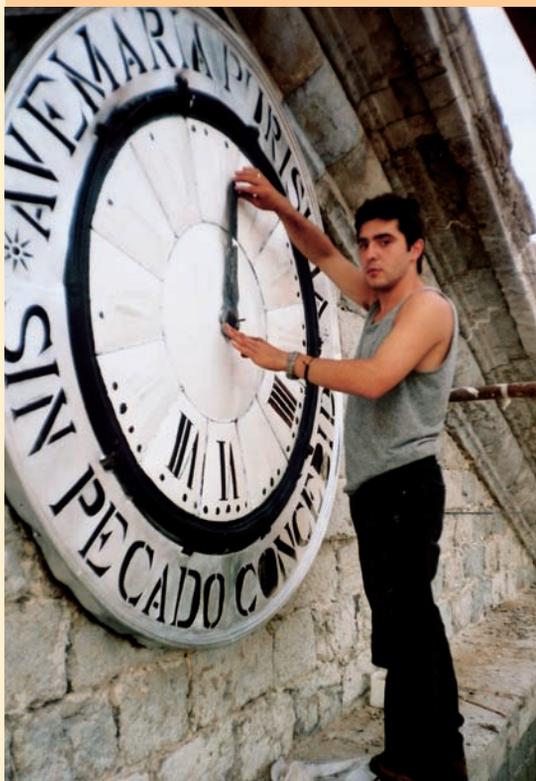
Tenía Daniel 18 años cuando su progenitor hubo de ser ingresado a causa de una afección cardíaca, y él, junto con su hermano gemelo Roberto, se vio frente al reto que marcaría su vocación. Su padre había aceptado el encargo de reponer en perfecto estado de funcionamiento el reloj que preside la torre de Caballerizas, en La Magdalena, y que fue retirado al realizar obras de mejora y remodelación. Los dos jóvenes procedieron a desmontar, limpiar, ajustar, arreglar —en algún caso— y volver a montar todas las piezas con éxito total.

Otros ilustres marcadores del tiempo en Santander, como los relojes del Ayuntamiento, la Catedral, la iglesia de Santa Lucía, y del Mercado de México completaron su formación mostrándole sus secretos, y terminaron de fortalecer su entusiasmo por los fascinantes artilugios.

En el Mercado de México el trabajo consistió en instalar un reloj totalmente nuevo, comenzando por desembalar, identificar y seleccionar todas las piezas para proceder al montaje y puesta en marcha de la maquinaria.

En el caso de la Catedral, para reparar el reloj, cuya imponente esfera tiene 1,90 metros de diámetro, se aprovechó la restauración del templo. Trabajaron en la propia torre, bajo la campana, que fue dotada de un nuevo tiro y tratamiento anticorrosivo, cambiando las techumbres que sujetan las transmisiones y tiros de campana simultáneamente a la reparación de la maquinaria.

Santa Lucía dispone, a su vez, de un reloj fabricado en 1889 del que hubo que arreglar las dos esferas laterales, fuera de servicio, y desmontar las piezas para su limpieza y conservación. Otras intervenciones de los Mato han reparado, ajustado y afinado relojes como el que preside el edificio de Correos y Telégrafos, el del Instituto Santa Clara, o los de edificios religiosos como la Iglesia de la Compañía de María, la Parroquia de Monte, o la de la Inmaculada, de los Padres Redentoristas, además de los que realzan las sedes de Ayuntamientos como Piélagos o Villacarriedo.



▲ ▲
La primera intervención de los hermanos Mato fue para ayudar a su padre en el acondicionamiento del reloj de Caballerizas, fabricado en 1900. A la izquierda, Daniel Mato ajusta las agujas del reloj de la Compañía de María, fechado en 1868.

LA EXPERIENCIA DE ABIONZO

Abionzo es para Daniel Mato una palabra casi mágica, porque en esta localidad carredana, y más en concreto en la torre de su iglesia, se desarrolló en 2004 su experiencia más interesante como relojero, la que le ha enseñado hasta qué punto es profunda su pasión por los relojes mecánicos. Este ha sido también su último trabajo en esta materia, ya que no ha podido conseguir, desde entonces, encargos ni apoyos suficientes para continuar su labor.

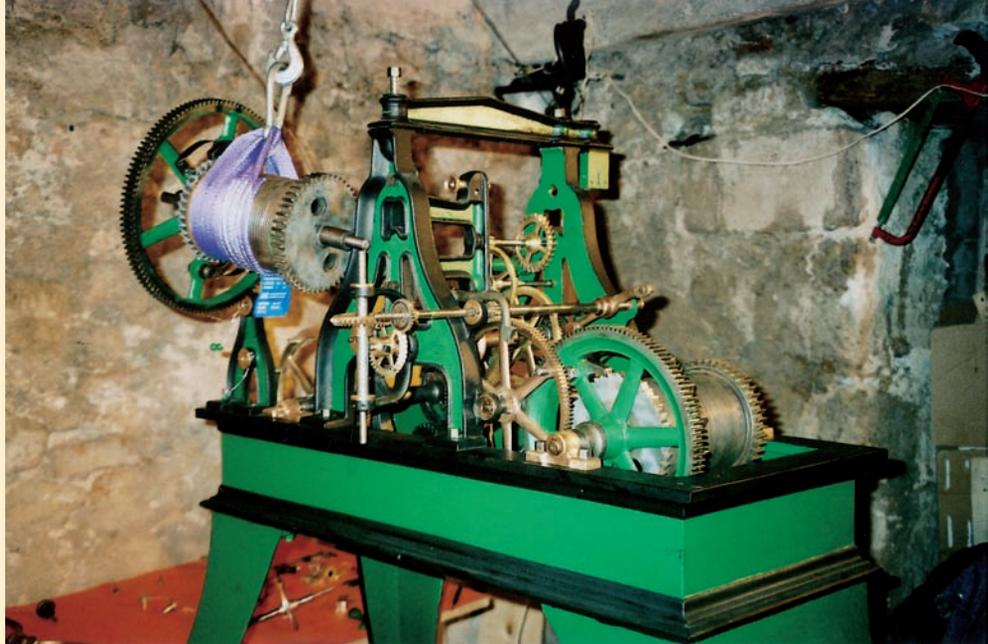
Reconoce Daniel que ha sido el mayor reto de su vida profesional, un trabajo que le rompió los esquemas, pues lo que halló al acceder a lo alto de la torre fue un muro de ladrillo que tapiaba la maquinaria del reloj. Al derribar el tabique apareció ante su vista lo que describe como *“una joya encerrada en una camisa de fuerza”*. A fecha de hoy este relojero afirma no haber encontrado en Cantabria un reloj que pueda igualarlo. Se trata de una maquinaria datada en 1861 y elaborada en Baltimore (EE UU), que forma un reloj de tres cuerpos, preparado para sonar en las horas, las medias y los cuartos y que, cosa infrecuente para la época de su construcción, cuenta con segundero propio (la precisión de medir el tiempo en segundos se generalizó a partir del siglo XVIII).

Hubo de instalar su taller en el campanario, donde sufrió el efecto combinado, a veces casi diabólico, del viento sur que ascendía en remolino desde la base de la torre y hacía volar los planos, rematado por las trombas de agua que barrían el habitáculo a través de la maltrecha cubierta. Entre tantas complicaciones, el invierno se hizo con el valle y el relojero tuvo que acomodarse en el pueblo, donde convivió con sus habitantes y aprendió infinidad de historias sobre el propio reloj, sobre los vecinos de la localidad y sobre sí mismo, mientras ejercía ese oficio *“solitario y romántico”*.

Daniel recibió su más íntima recompensa oyendo de nuevo las campanadas del histórico instrumento, y demostrando a toda la comarca que Abionzo volvía a ser el pueblo del reloj. Atrás quedaban innumerables jornadas en las que, tras derribar la *“camisa de fuerza”*, hubo que evaluar cuidadosamente los destrozos de la maquinaria, desmontar, clasificar y limpiar cada una de sus piezas (llegó a reunir cerca de 350), reparar las deterioradas, sustituir las irrecuperables, sanear el chasis y volver a montar cada uno de los elementos, ajustando, engrasando y verificando su funcionamiento. También fue preciso reponer la esfera y rehabilitar el campanario, preparando un nuevo soporte para las campanas, una de las cuales pesa 400 kilos.

PATRIMONIO Y SENSIBILIDAD

Tres años después de aquel trabajo, Daniel Mato sigue llamando, sin resultados hasta el momento, a las puertas de las instituciones y organismos ofreciendo su experiencia y amor por los relojes mecánicos en forma de proyectos. En primer lugar propugna la elaboración de un riguroso y documentado catálogo que sirva de referencia



*El reloj de Abionzo.
A la derecha,
desmontado y, arriba,
tras la restauración.*

para conocer la totalidad del patrimonio existente y el estado actual de las piezas, y para ello ofrece sus conocimientos.

Entretanto sugiere varias actuaciones impresionables, desde su punto de vista, como la urgente recuperación del reloj mecánico de la Catedral, un carillón de tres cuerpos (con juego armónico de campanas), que data de 1950, y que ha sido sustituido por otro eléctrico, a pesar de tratarse de uno de los mejores ejemplares mecánicos de la industria relojera española, elaborado en fabricación de serie limitada en los talleres alaveses de la casa Viuda de Murua, la última empresa en fabricar este tipo de maquinarias en España.

También opina que algunos relojes públicos precisan atención urgente, como el de Santa Lucía, el de los Redentoristas, o el del colegio público Agapito Cagigas, en Camargo, entre otros. Hay que pensar que estas máquinas de precisión no descansan nunca, y producen un promedio de 65.700 toques de campana y 8.760 vueltas de



Tres generaciones de relojeros un ingenio de precisión inglés



PABLO HOJAS LLAMA (ODIS)

La instalación del reloj del Ayuntamiento de Santander, en 1966. El de la derecha de la foto es Emilio Mato colocando las agujas.

El gran reloj que preside la fachada del Ayuntamiento de Santander es una excelente máquina de precisión, fabricada en Inglaterra en 1819, a la que, cada tres días, había que dar cuerda, manualmente, con una manivela de 90 centímetros. De esto se ocupaba, junto con el resto del mantenimiento, el padre de Daniel y de Roberto, Bernardo Mato, desde que accedió al oficioso puesto de relojero municipal —es decir, a la concesión del Ayuntamiento para el mantenimiento de los relojes públicos dependientes del consistorio—, hacia 1975, labor que siguió desempeñando hasta el año 1997, con la ayuda, desde 1990, de sus dos hijos.

Este reloj, que cumple ya 188 años marcando el compás de las horas, minutos y segundos en la capital de Cantabria, conoció varios emplazamientos desde su llegada a Santander, antes de alcanzar su actual ubicación. Cuentan las crónicas que sus primeras campanadas sonaron desde la espadaña de la iglesia de la Compañía de Jesús, siendo más adelante trasladado a la sede del antiguo Ayuntamiento, donde, hacia 1840, se llegó a levantar expresamente una torre para su instalación. El emplazamiento actual lo ocupa desde 1966. Y quiso el destino que, para colocarlo en lo más alto de la fachada central del consistorio, se recurrió a uno de los más prestigiosos mecánicos de aquellos años, Emilio Mato Gravalos, padre de Bernardo y abuelo de Daniel y de Roberto, quien lo dejó perfectamente ajustado, calibrado y en funcionamiento. Tres generaciones de una familia vinculadas a un reloj que ha presenciado momentos capitales en los dos últimos siglos de la historia de Santander.

Las credenciales de la gran máquina eran impresionantes a comienzos del siglo XIX, y lo son todavía hoy: una tonelada larga de peso, y práctica-

minutero al año, de ahí que precisen un ajuste frecuente y un servicio adecuado de mantenimiento y conservación.

Existen más proyectos, pues Daniel ha propuesto, igualmente, rehabilitar el habitáculo del reloj que preside el Instituto Santa Clara para exponer en él ante el público —conjuntamente con el pintor Roberto Orallo— una muestra de pintura y relojería. Incluso ha diseñado un posible itinerario didáctico-turístico que bien podría denominarse “Santander desde las torres”, y que permitiría a los visitantes apreciar de cerca las maravillas mecánicas que mueven estos relojes, al tiempo que observan la ciudad desde puntos de vista diferentes a los habituales.

Otra curiosa iniciativa que ha elaborado permitiría recuperar el reloj de Pomaluengo, en el municipio de Castañeda, un Kadeco francés de dos cuerpos, de tal manera que la esfera permanecería en su lugar habitual presidiendo la esbelta torre, mientras que la maquinaria se colocaría en la antigua entrada principal del edificio, a la vista de los visitantes, y sin dejar de funcionar, incorporando incluso un dispositivo que iluminaría la torre por dentro.

¿Son delirios de un soñador impenitente o podrían materializarse con un poco de esfuerzo y de sensibilidad?



▲ ▶
*El reloj del Ayuntamiento de Villacarriedo.
A la derecha, el del Instituto Santa Clara, de Santander.*



MADRID, LONDRES Y CANTABRIA

Interesado en conocer los mejores relojes públicos de España, Daniel se puso en contacto con los encargados de conservar el reloj de la Puerta del Sol, en Madrid, ese del que millones de personas están pendientes cada noche de san Silvestre, y que cuenta, además, con una espectacular maquinaria, construida en Londres por el relojero leonés José Rodríguez Losada, y donada al pueblo de Madrid e instalada en 1866. Le invitaron a verlo, le mostraron su funcionamiento, se interesaron por su trabajo, y le contaron el riguroso mantenimiento que se realiza en esa comunidad a todos los relojes públicos.

s cántabros para

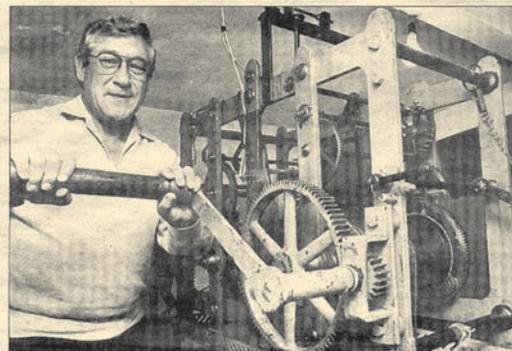
mente dos metros de diámetro en su esfera hacen de este reloj uno de los aparatos mecánicos más singulares de cuantos han medido el tiempo en Cantabria. Tiene como piezas principales dos tambores de rebobinado, ruedas de transmisión, de engranaje y de sierra, veleta de compensación y un ánclora conectado con la péndula, entre otras. Los periódicos de los años 80 y 90 recogen sus peculiaridades en prolijos artículos que se ilustran con las fotografías de un sonriente Bernardo Mato accionando la manivela que sirve para dar cuerda al reloj, ante una serie de poleas y engranajes encajados en una estructura metálica. Como todo gran reloj fabricado sin escatimar en la calidad y cantidad de sus nobles materiales, y que se precie de llevar las cuentas de la historia, se le atribuye personalidad propia, incluyendo la sensibilidad frente a las condiciones climáticas, "en invierno tiene tendencia a retrasarse". Su exquisita precisión también era a veces amenazada por las irreverentes palomas que, al posarse formando grupos sobre la aguja del minutero, conseguían detener su giro infinito, y hacían subir a Bernardo hasta la torre para reanudar la marcha de la aguja.

Actualmente, el reloj del Ayuntamiento, que comenzó dando las campanadas de las horas y fue sustituido, siendo alcalde Manuel González Mesones, por un carillón que lanzaba canciones montañesas a los cuatro vientos, ha enmudecido. Sigue marcando la hora, pero Daniel Mato, que visitó por última vez sus entrañas en 1997 acompañando a su padre, piensa que el ingenio que accionaba las agujas ha quedado arrinconado. La esfera permanece, pero en el interior de la torre el impulso eléctrico ha desplazado a la vieja alquimia mecánica.

Bernardo Mato, el hombre que controla desde hace nueve años la hora municipal

Desde hace nueve años, una concesión del Ayuntamiento municipal a Bernardo Mato, joyero de profesión, como el relojero del Ayuntamiento, que es para él uno de los más fieles de España, sino los de la Catedral, Santa Lucía y Caballerizas, todos ellos, muy duros, pero también muy delicados. El del Hotel Sardinero, debido a una serie de circunstancias, entre las que constan las quejas de los huéspedes, ha escapado a su cuidado, al menos hasta que, como propone, se cambie su emplazamiento. Aprovechando la ocasión, y rechazando las infundadas críticas que se le han dirigido, Bernardo Mato anunció que el reloj del Ayuntamiento resucitará para finales de año —quizás incluso antes—, su apagada sonería.

La verdadera profesión de Bernardo Mato, como él delimita claramente, es la de joyero artesano, oficio que desempeñó, desde los doce años y hasta el incendio, en el taller del difunto Julián Treña del Valtó —en aquel tiempo, rey de la relojería—, situado en el antiguo Palacio Macho. Accedió a relojero municipal como consecuencia de la jubilación de su cuñado, José Álvarez Lombara, sucesor a su vez, de su padre y su abuelo. La tradición familiar, ahora un poco desviada, ha llevado a Bernardo Mato a ocuparse, desde hace nueve años, no sólo del reloj del Ayuntamiento, sino de otros municipales, como el de la Catedral, Santa Lucía y Caballerizas.



Bernardo Mato, armado de una manivela de 90 centímetros de largo, da cuerda, cada dos días, al reloj del Ayuntamiento.

Recorte de la prensa local en el que aparece Bernardo Mato dando cuerda al reloj del Ayuntamiento de Santander, en 1984.



◀ ▶
El de la iglesia de Santa Lucía (a la izquierda), se restauró en 1992.

A la derecha, el Ayuntamiento de Piélagos, presidido por su reloj.

En la capital se ha valorado siempre esta parte del patrimonio. Ya en 1788, Carlos III aprobó la creación de la Real Fábrica de Relojería, que funcionó en la calle de Fuencarral hasta 1793, y las crónicas reales informan asimismo de que, al iniciar su reinado Fernando VII, en 1814, aceptó la usual plantilla de cuatro relojeros de cámara. Y hablando de Londres, tan sólo hay que acercarse al Big Ben cualquier día del año, a cualquier hora, para comprobar que, además de un orgullo nacional y una referencia inevitable, es un reclamo turístico de primer orden. ¿No podemos imitarles en Cantabria? ■

